



El teniente de alcalde de Cardiel y primo de César, Mario García Contonente. / D. P.

julio. Y eligieron a Veguillas, quien vivía muy cerca de la plaza Ramales, a unos 200 metros. Su Peugeot 405 y el coche escolta enfilaban la calle Santiago, y hasta la propia esposa del objetivo etarra oyó la detonación mortal desde su casa. Fue un duro golpe para las instituciones españolas.

Muy cerca de la plaza de Oriente, el terrorista Mikel Azurmendi Peñagaricano 'Hankas' y Álvaro Juan Arri accionaron el dispositivo adosado a un coche de la marca Ford, que envió a la acera opuesta al vehículo blindado del militar e impactó de lleno contra César García Contonente. La prensa de la época lo identificó por error como el cuerpo que quedó colgado de un balcón de una oficina, antes de que el juez de guardia de la Audiencia Nacional Baltasar Garzón ordenara el levantamiento de los cadáveres y el traslado al Instituto Anatómico Forense.

Hasta ese 29 de julio, la banda se había ganado con creces el adjetivo de terrorista y estremecía continuamente al país, con 10 asesinatos en poco más de un semestre. Sólo dos días antes, había asesinado al empresario José Manuel Olarte en San Sebastián. Y el 1 de junio, otro militar, el general Juan José Hernández Rovira, moría a tiros junto a su casa, en la calle Antonio Arias de Madrid.

Tras el atentado de Ramales, los ministros de Defensa, Julián García Vargas, y el mencionado Belloch acusaron al líder del PP, José María Aznar, de favorecer con sus declaraciones a los terroristas. Antes, el por entonces aspirante al Gobierno había criticado la política contra el terrorismo del actual magistrado de la Audiencia Provincial de Zaragoza.

SIN POLÍTICOS. Ruido. Mucho ruido para unos padres que rechazaron la presencia de políticos en el tanatorio, como la del ministro Belloch o la del alcalde de Madrid, José María Álvarez del Manzano. Horas antes, habían reaccionado a la noticia como reaccionaba la mayoría en la época, como al margen de la cadena de asesinatos. «Dios mío, ¿a quién le habrá tocado?», pensaba Olvido mientras tomaba el desayuno y escuchaba en la radio la noticia de última hora. Su marido atendió a la clientela durante horas, ajeno a las miradas de conmiseración de sus parroquianos, quienes conocían la identidad de una de las víctimas aunque no se atrevían a revelársela a ese hombre natural de Alameda de la Sagra que despachaba en la tienda de alimentación.

Hacia las 10 de la mañana, apenas una hora después, la hermana de Olvido se enjugaba las lágrimas y repetía intencionadamente para comunicar a Olvido las sospechas de que César fuera una de las víctimas. «Ha habido una bomba y no lo encuentran», le dijo la esposa de su otro hijo. El hermano de José María les llevó finalmente al depósito de cadáveres. «Entonces, es su hijo», les confirmaron.

«Pregunte usted en el pueblo. Era un chico muy alegre, muy trabajador, muy cariñoso. Era todo, y muy comilón también. Amigo de

«Pregunte usted en el pueblo. Era todo: alegre, cariñoso y trabajador. Y comilón»

los viejos y de los jóvenes. Dicharachero», revive Olvido, matriarca de una familia en la que la política no era convidada en las conversaciones, ni ETA.

El teniente de alcalde de Cardiel de los Montes y primo «casi hermano» de la víctima, Mario Serrano Contonente, se encontró con él la misma semana del atentado y recuerda que estaba contento con «el curro» esporádico de cargar el montaje de la compañía.

Tres días después de que su vida quedara desbaratada, César se iba a escapar de vacaciones con esas 35.000 pesetas (210 euros) con su novia, quien telefona aún a José María y Olvido, tal y como ocurrió en las pasadas navidades. El veinteañero se buscaba la vida y se había registrado en una agencia de modelos; además, había participado como extra en dos películas, y como mensajero o cubriendo una vacante en el Ministerio de Agricultura, esto último sólo dos días antes del atentado.

Olvido sigue el relato de aquella mañana. De aquel cólico que pudo haber dejado a César en la cama, pero ella le recomendó que antepusiera su compromiso con la compañía de ballet. «Y eso lo tengo clavado en el alma», rompe a llorar descompuesta la madre de una de las más de 800 víctimas mortales de ETA. Y se rearma mencionando que su hijo ni bebía alcohol ni fumaba. «Al menos en mi casa, sólo bebía fanta, y de eso.



Pista deportiva de Cardiel que lleva el nombre de César García Contonente en cerámica de Talavera. / DAVID PÉREZ



El padre, José María García, repasa el listado de víctimas mortales de ETA. / DAVID PÉREZ

EXPLOSIÓN.

El atentado con coche bomba se produjo en la plaza de Ramales, cerca de la plaza de Oriente a las 8,45 horas del 29 de julio de 1994. El vehículo iba cargado con unos 40 kilos de explosivos

VÍCTIMAS.

Murieron el general Francisco Veguillas a los 68 años, objetivo principal del atentado, su chófer, Joaquín Martín, y César García Contonente, de 24 años. Además, hubo 20 heridos.

CONTEXTO.

ETA había asesinado a diez personas en 1994 hasta el atentado del 10 de julio. La última había muerto dos días antes: el empresario José Manuel Olarte.

CONDENADOS.

Mikel Azurmendi y Álvaro Juan Arri.

Ahora, comer, comía muy bien, eso sí. Y no engordaba. Cuando cogía un kilo o dos, ya estaba con la bicicleta. Pimba, pimba», hila esta mujer de 73 años.

«Y buen hijo», apostilla José María. Y toma de nuevo la palabra Olvido: «Me cogía a bailar y me decía que sí puedes». César colaboró con su padre también ocasionalmente en la tienda familiar, antes de formalizar un contrato de dos años como mensajero.

AUSENTES EN LAS MANIFESTACIONES. Desempleado, César buscó trabajo aquí y allí hasta esa fatídica mañana del 29 de julio de 1994 en que coincidió con los terroristas Mikel Azurmendi Peñagaricano 'Hankas' y Álvaro Juan Arri, condenados por los hechos hace más de 10 años. «Solamente tenemos a la Asociación de Víctimas del Terrorismo (AVT)», afirman sobre el desempleo de las administraciones.

El matrimonio septuagenario rehúsa también participar en actos públicos, aunque a José María le pesa no haber acudido a estas convocatorias. «Yo no quiero ir a ningún sitio», apunta Olvido. Y medita: «Hay muchas víctimas, y

sólo el homenaje es para Miguel Ángel Blanco. Que él sea la cabecera, de acuerdo, pero los demás estamos ahí». José María rompió esas ausencias en las manifestaciones con la participación por el atentado del 11 de marzo de 2004 en Madrid.

La pareja comparte la sensación de que la sociedad española ha olvidado las desgracias acumuladas durante décadas con los atentados de ETA. «Adrede, por no remover cosas del pasado, pero siempre he sido de la opinión de que hay que recordarlo siempre», interviene Mario, quien creó hace diez años una página de homenaje a su primo. Y agrega: «Prefiero que lo recuerden, y lo recordemos todos, a que se olvide. Nunca me ha importado hablar del tema. Prefiero recordarlo así».

La concurrencia extraordinaria a la misa novenaria en Cardiel evidenció el cariño de los vecinos y de toda la Sierra de San Vicente a César. «No he visto una cosa igual. El sentimiento que había no lo he visto igual», habla el teniente de alcalde. Y terea Olvido de nuevo para alimentar sus recuerdos: «Era un niño especial para todo».